

RAÍCES Y OLVIDOS

A ese mundo rural que se extingue, llevándose saberes y sabores.

Me sentaré contigo junto al arroyo viejo,
sobre el mullido musgo que reboza la roca,
donde el agua herrumbrosa cabalga y se desboca,
desplomada en la espuma del angosto callejo.

Y veremos el alba, con su luz de soslayo,
iluminar un mundo zambullido en olvidos,
teñir viejos rosales, leñosos y vencidos,
que aún rinden colorido al dinámico rayo.

Escucharé contigo el susurro que fluye
oculto en los umbríos verdores de la piedra,
de muros abatidos por garras de la yedra
y que en tibios remansos su cántico diluye.

Rebuscaré contigo, entre cenizas frías,
despojos de una guerra que nos tapió el camino,
rescaldos apagados de un fuego mortecino
que flota en la memoria de cocinas sombrías

donde ayer voces claras en saberes curtidas,
bañadas en el brillo de la luz de carburos,
amaron, sin sospecha, que silencios futuros
habitaran aquellas estancias compartidas.

Repasaré contigo las páginas sobadas
de donde ayer brotaran historias frente al fuego,
relatos que flotaron, entre humos y sosiego,
en las nocturnas horas sobriamente veladas.

Y sentiré a tu lado bullir el terco aliento
en rincones culpables de besos inocentes,
donde el aroma agolpa memorias latentes
y la encendida tarde saca a bailar al viento.

En este espacio nuestro, de latidos menguado,
se originan y mueren los sueños cotidianos.
Mis huesos ya gastados y tus jóvenes manos
derivan de esta niebla, de este barco varado.

Arruinada la casa por olvidos y climas,
ya no traza la tarde con su alargada sombra.
Sus tejas abatidas son ya ondulada alfombra
aprisionando sueños, saberes y tarimas.

Las calles despojadas de tránsitos y risas
que dejaron su huella marcada tramo a tramo
y siguiendo los sueños de universal reclamo
cruzaron horizontes en pro de nuevas brisas.

Deslucidos umbrales de quicios oxidados,
con las huellas impresas de trajines lejanos.
Aldabas silenciadas de músicas y manos,
donde las zarzas trenzan sus tallos espinados.

El rayo de la tarde taladra los visillos
iluminando el fondo de oscuras alacenas
vacías de cacharros, de telarañas llenas,
y anaqueles desnudos de encajes y ganchillos.

Asistiré contigo al póstumo concierto
de voces que la noche registra en su memoria,
sonoras fantasías en clave migratoria
y silencios tocando a campanario muerto.

Mantendremos el rumbo del maltrecho navío
como viejos marinos tras brutal embestida.
Soplaremos las brasas de la memoria herida
por avivar la llama de este solar baldío.

Buscaremos sin tregua costumbres y secretos,
saberes y sabores que nadie ya reclama
hurgaremos memorias, portaremos la llama
para alumbrar renglones de pliegos incompletos.

Sobre las cicatrices de los viejos sembrados
planean ya las sombras del silencio inmediato,
y la noche que acude, con su toque a rebato
convocará tinieblas y fantasmas alados

que extenderán su vuelo, de inabarcable llanto,
sobre el pozo infinito que el abismo ilumina
como boca de lobo, como boca de mina,
como campo humeante de hecatombe y quebranto.

Tú desanda el camino, que ya asoma la luna,
y se acerca la noche con su grave ceguera.
Yo quedaré al cuidado y encenderé una hoguera
que ahuyente la lobada que baja de la hambruna.

Velaré la memoria grabada en los dinteles,
soñaré con tus manos levantando los muros
y frente a la áurea llama invocaré conjuros
a un dios conservador dormido en los laureles.

Gravitarán los sueños sobre las calles llenas
de canciones de niños, ventanales floridos
y plegarias de humo de hogares encendidos
e elevarán al cielo señal de vidas plenas.

Imágenes pobladas de juveniles manos
removerán raíces con sed de rebeldía
y empuñando futuros con claridad de día,
permutarán tinieblas por brillos meridianos.

Pero la densa noche filtra el olor añejo
de avinagradas cubas y esperanzas desiertas.
Desbarata la lluvia las revenidas puertas
y reverbera olvidos en tembloroso espejo.

Pondré a secar la ropa en las ahumadas vigas
y mientras las estrellas se acunan en rocío
avivaré las brasas de este país sombrío
rebañado de gentes y habitado de ortigas.